

Germán Sánchez Ruipérez

Antonio Basanta Reyes
*Vicepresidente Ejecutivo y Director General
de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez*

“- Soy peñarandino: un editor español de Salamanca”.

A sí le gustaba siempre definirse a Germán Sánchez Ruipérez. Como si en aquellas palabras contuviera él los rasgos fundamentales de su propia vida: el afecto inmenso que sentía por Peñaranda de Bracamonte, la ciudad que le vio nacer un 12 de septiembre del año 1926; su pasión por el libro y la lectura, de tan larga tradición familiar; la estrecha relación con Salamanca, en la que, trabajando desde los quince años en la Librería Cervantes que su padre adquiriera, descubrió las claves del universo editorial que, en su momento, lideraría de manera privilegiada; y su amor desbordante por España.



Siempre se supo, y con sano orgullo, hijo de estas tierras.

Castellano de nobleza.

Austero, recio, cabal.

Insólita combinación de pragmatismo y utopía.

Visionario sin límites.

Infatigable trabajador.

Cumplidor de sueños casi inalcanzables, pero que él logró hacer realidad sin mayor capital inicial que el de su esfuerzo, el apoyo generoso de su esposa Ofelia y familia y la contribución leal de los muchos y magníficos colaboradores de los que siempre supo rodearse.

Todo empezó cuando apenas tenía 28 años. En el seno de la propia Librería Cervantes. Allí, Germán decide emprender una línea editorial a la que bautiza con el nombre de Textos Anaya. Apenas una discreta colección de obras, de vocación educativa, pero dotada ya de las señas de identidad de lo que siempre sería su labor como editor: presentación impecable, innovación didáctica y claridad y amenidad en los contenidos.

Algunos pensaron que aquella incursión editorial suya sería flor de un día. Que sólo respondía a la curiosidad de un Germán siempre abierto a explorar cualquier territorio desconocido. Pocos, muy pocos, entendieron que era fruto de una reflexión serena y largamente meditada. Que él, antes que cualquier otra cosa, quería ser editor. Y que nada le haría cambiar en su empeño.



Por ello, en 1959, abandona la seguridad del negocio familiar, dota a Anaya de personalidad jurídica propia, forma su primer y minúsculo equipo y comienza su singladura como editor independiente.

Es admirable observar cómo, a pesar de la modestia de sus primeros pasos, Germán expresa ya la noble ambición de su proyecto. Porque, con apenas media docena de títulos en su catálogo –las primeras Gramáticas, Lenguas y Literaturas, de Evaristo Correa Calderón y Fernando Lázaro Carreter; la Religión, de Juan Antonio Ruano Ramos; la Filosofía, de Gustavo Bueno; los Problemas de Matemáticas para el Bachillerato Elemental y Superior, de Victoriano Lucas de la Cruz...-, casi de inmediato, en 1960, abre casa editorial en Madrid. Y, en ese mismo año, es uno de los escasos editores españoles que está presente en la Feria Internacional de Frankfurt para luego, junto a su inseparable Ofelia, recorrer de punta a punta el continente americano, dando a conocer su proyecto –y, sobre todo, sus ilusiones- en universidades, asociaciones, grupos de hispanistas, embajadas, centros culturales...

A partir de ahí, todo crece y se asienta de manera casi vertiginosa.

Tan sólo diez años más tarde de ser oficialmente creada, Ediciones Anaya es ya una editorial de enorme prestigio. Aquel discreto catálogo del arranque lo integran ahora más de un millar de referencias, muchas de ellas de exitosísima acogida. Y Germán se ha convertido en uno de los principales modernizadores de la edición española que, de este modo, y gracias también a la labor de otros escogidos colegas, definitivamente conquista la condición que le corresponde: en España y en el mundo.

Porque, si importante fue el desarrollo nacional de Ediciones Anaya, con la incesante creación o incorporación de otras tantas empresas editoriales de valor –Alianza, Cátedra, Tecnos, Pirámide, Bibliograf, Vox, Anaya Infantil y Juvenil, Anaya Multimedia, Anaya Touring, Anaya Grandes Obras, Anaya-



Mario Muchnick, Ediciones del Prado, Ediciones Altaya, América Ibérica, Ediciones Siruela, Barcanova, Xerais, Algaida, Haritza, Eudema, Herbe, Anaya Televisión, Anaya Radio, Telépolis, Distesa, Gráficas Ortega, Gráficas Josmar ...-no lo será menos su expansión internacional, aspecto éste más desconocido por muchos, pero que viene a completar la aportación irrepitible de Germán.

Anaya, ya constituida como Grupo –el primero de entre los españoles–, abrió sede en Francia, en Reino Unido, en Italia... y, con idéntica denominación o a través de empresas y socios de los países en que se implantó –inaugurando así una fórmula tan innovadora como acertada–, extendió su presencia por buena parte del continente americano, con empresas editoriales y distribuidoras en Méjico, Colombia, Argentina, Chile, Venezuela, Costa Rica, Puerto Rico, Panamá, Perú, Ecuador... llegando incluso a tener una presencia destacada en Estados Unidos, donde, además y durante años, regentó la más importante librería existente en Nueva York de fondos en español, el Spanish Book Center, al que más tarde sumaría America Publishing Group, la primera empresa distribuidora de revistas en español en el territorio norteamericano.

La magnitud de la obra es colosal.

Pero, muy probablemente, lo es más la culminación que para ella Germán dispuso. Algo que, por él mismo, tuve la fortuna de conocer cuando, una tarde de invierno del año 1982, me llamó a su despacho –yo ya me había incorporado al equipo de Ediciones Anaya– y, de manera espontánea e inesperada, me hizo partícipe de lo que pronto adiviné como su proyecto más amado: la Fundación que llevaba su nombre, que él formalmente había registrado en octubre del año 1981.

- *“Esta a va ser mi obra definitiva. La que llevo soñando desde hace muchos años. Fíjate que, ya a principios de los 70, en una entrevista que me hicieron en La Gaceta Regional de Salamanca, mencionaba mi intención*

de crearla. Pero, aquel todavía no era el momento. Hoy sé que lo es. Y estoy totalmente decidido a impulsarla.

Quienes hemos sido tratados tan generosamente por la vida estamos obligados a devolver a la propia vida buena parte de lo que de ella hemos recibido. No como un acto de generosidad, más bien como un insoslayable deber ciudadano. Y yo deseo hacerlo a través de la Fundación.

Quiero una Fundación útil, eficaz, profesional, objetiva e independiente. Al servicio de las personas; que haga de la educación y la cultura, del libro y la lectura su bandera principal.

Y la quiero en Peñaranda, en Salamanca, en Madrid..."

Era casi la medianoche cuando finalizamos el encuentro. Germán me acompañó a la salida. Y, abrazándome cariñosamente, me dijo:

- *"Me gustaría mucho que trabajases en este proyecto que acabo de comentarte. Como ya te he contado, tiene mucho que ver con las cosas que sé a ti te ilusionan. De las que más sabes. Y tú puedes concederle todo el tiempo y la atención que yo ahora no puedo prestarle.*

Eso sí, cuando llegue el día que, por razones de la edad, deba abandonar las responsabilidades

ejecutivas en la empresa, la Fundación será mi centro. Y, para entonces, la quiero madura, asentada, prestigiada y reconocida.

Así que no lo dudes. Dime que sí y ponte a trabajar en ella desde mañana mismo."

El resto, para mí, han sido treinta años de verdadero privilegio. Colaborando con sus primeros directores, Ángel González Rivero y Miguel Ángel Escotet. Asumiendo, más tarde, la responsabilidad de su dirección general. Participando siempre en la construcción y desarrollo de una institución sólo posible por la generosidad e impulso



Germán, junto a su inseparable Ofelia

constantes de Germán. Por el apoyo de varios de sus familiares más queridos: María Isabel Andrés Bravo, Ofelia Grande de Andrés... De todos los profesionales que en la Fundación trabajan. Y, cómo no, de los miles, millones de personas, que han participado y participan en nuestros programas. Ellos son la verdadera esencia de la Fundación que, a su vez, es la genuina alma de Germán.

La huella imperecedera de su paso por este mundo.

Quizás, también por ello, aunque él ya no pueda físicamente acompañarnos, Germán sigue entrañablemente a nuestro lado. Porque los hombres verdaderamente grandes nunca se marchan del todo.

Su legado alcanza mucho más allá de una trayectoria o de un patrimonio. Lo alimentan su vocación, su compromiso. Y, en el caso de Germán, la fe inquebrantable en el valor de la educación y la cultura, de la que tantas veces nos hizo partícipes.



- *“El progreso de los pueblos dependerá siempre de la intensidad de su apuesta educativa y cultural. Su prosperidad económica, su bienestar sólo serán posibles si se asientan firmemente en el capital inagotable de las personas; en su capacidad de emprendimiento; en su inteligencia; en su anhelo permanente de mejora.*

Vivimos tiempos de cambios profundísimos. Lo que creíamos inamovible hoy se torna provisional o trasnochado. Otra época nueva ha iniciado su andadura, quién sabe si también forjando un nuevo modelo de civilización...

Todo ello nos exige ser partícipes del cambio. Protagonizarlo, liderarlo... y afrontarlo sin miedo, con la convicción de quien cree que cualquier tiempo futuro puede ser mejor.

Desterremos las viejas inercias, la comodidad, la rutina y abrámonos con valentía a los



retos que la contemporaneidad nos plantea, atreviéndonos a renovarnos, que todo lo que no es innovación es decadencia.

Tracemos nuevas rutas, busquemos nuevas soluciones a los problemas, también nuevos, que nos plantea nuestro entorno. Respondamos al milagro de la vida con lo mejor de nosotros mismos. Con honestidad, altura de miras y esperanza. Que, como decía el poeta, todo está por hacer. Y todo es posible.”

Ese es el Germán Sánchez Ruipérez que muchos tuvimos el placer de conocer, de tratar y de querer.

El Germán que permanece.

Como lo hace su obra.

Su ejemplo.

Y su memoria.